

La pandemia: del poder a la mirada

Wilson Prada

Fotógrafo, biólogo, docente y comunicador social. Investigador, articulista y conferencista en el área de la Cultura Visual, además de Profesor de los talleres de Lenguaje fotográfico, Ensayo, Estética y Crítica fotográfica en Prada Escuela de fotografía, de la cual es fundador. Profesor invitado de distintas escuelas de fotografía en Venezuela. Autor de los libros *Miradas ajenas* y *Hacia una lectura de la fotografía*, además es coautor del libro *La diversidad de la mirada. Reflexiones sobre fotografía y cultura visual*. Ha participado en foros y conversatorios en Colombia, Chile, Brasil, Ecuador, Cuba, España y Estados Unidos. Ha sido curador de exposiciones individuales, así como de 11 muestras colectivas. Fue Profesor en la Universidad Bicentennial de Aragua, Universidad Arturo Michelena y Universidad Católica

Cecilio Acosta.

Resumen

Hoy podemos hablar de dos grandes igualadores de la sociedad: la comunicación en red y el COVID-19. Ambos fenómenos se muestran incontrolables e ilimitados. No obstante, se afectan de manera mutua. La pandemia aplicó los frenos del tren bala de la comunicación en red y con ello, comenzamos a ver intersecciones que nos llevan hacia vías alternas que la velocidad en el viaje nos había negado. El confinamiento y la nueva normalidad, ese eufemismo de un vacío al que nos estamos acostumbrando, nos ha dejado la mascarilla, está marcada por la norma de uso masivo, conforma una nueva identidad que cubre la desnudez de medio rostro y nos roba parte del gesto. En este artículo se pretende interpretar estas relaciones entre poder, confinamiento, gestualidad, máscara, mirada y ética.

Palabras Clave: pandemia, imagen, máscara, gesto, comunicación, poder

The pandemic: from power to gaze

Abstract

Today we can talk about two great equalizers in society: network communication and COVID-19. Both phenomena are uncontrollable and unlimited. However, they affect each other. The pandemic applied the brakes of the bullet train of network communication and with it, we began to see intersections that take us to alternate routes that the speed of the trip had denied us. The confinement and the new normality, that euphemism for a void to which we are getting used to, has left us the mask, is marked by the norm of massive use, forms a new identity that covers half-face nudity and steals part of the gesture. This article aims to interpret these relationships between power, confinement, gestures, mask, gaze and ethics.

Keywords: pandemic, image, mask, gesture, communication, power

Introducción

Las grandes pestes siempre han estado cercanas al fanatismo pues este último desdibuja las fronteras geográficas y nivela nuestras diferencias sociales, pero la pandemia es más fuerte, es una vuelta obligada a la cruda selección natural darwiniana que profesa la supervivencia del más apto, esa misma selección y que la sociedad se ha saltado para imponer la supervivencia de quien más poder tiene.

Una vez más volvemos a ser expuestos a la fragilidad orgánica que la naturaleza nos restriega en el rostro, una que escapa a las ideologías y que es contraria a la que infructuosamente hemos tratado de construir por siglos persiguiendo una entelequia. Al parecer, es solo cuando la madre natura se manifiesta con más fuerza cuando se logra este hito igualitario, frente a él todos estamos expuestos porque orgánicamente tenemos un mismo orden, una misma dinámica frágil y dependiente.

Sin embargo, es interesante ver cómo la malaria, la meningitis o la tuberculosis afectan a la población más vulnerable del planeta y más interesante aun es que esto ocurra sin que en nuestra cotidianidad hayamos vuelto la cara hacia ellas de manera urgente. Cada año de este siglo cerca de cuatro millones de personas perdieron la vida por la suma del paso letal de estas y otras enfermedades como el cólera, el sida y la hepatitis por los continentes más desasistidos. Tal vez este comportamiento de mirar hacia otro lado tenga su origen en que no nos sentimos vulnerables. Creemos estar protegidos por la tecnología, por la facilidad de comunicarnos, por contar con vías de acceso o por la posición económica entre otras equivocaciones, pero cuando a lo orgánico se refiere, la pandemia nos ha mostrado el otro escenario, el de la igualdad biológica y la vulnerabilidad emocional porque una enfermedad como el Covid-19 se expande por todas las clases sociales a lo largo y ancho de la geografía del globo y, además, está enmarcada en las grietas del mundo occidental que está siendo desarmado quirúrgicamente por los enfoques ideológicos que se mantienen en pugna desde el siglo XVIII.



Fuente: REUTERS AnushreeFadnavis

Hoy podemos hablar de dos grandes igualadores de esa sociedad a punto del colapso. Ambos fenómenos se muestran incontrolables e ilimitados. El primero de ellos afecta desde lo emocional, relativiza la información, inocula el germen de la duda profunda que nubla el entendimiento de la realidad. La tecnología nos ha abierto una inmensa vía de enlaces culturales que ha sido fatalmente desaprovechado por millones de usuarios descontrolados por una errada interpretación de la libertad de expresión.

Nada más democrático que las plataformas digitales donde aquellos que tienen acceso tienen el mismo derecho a decir lo que piensan independientemente de su clase social, sus convicciones religiosas o políticas, por ello, el límite en la información, aunque difuso, está y estará siempre en la mesa de investigación e interpretación de la academia, al igual que está y estará siempre en la mira del poder sea cual sea su naturaleza, porque de ese límite difuso depende su existencia.

Esta parada obligatoria de la cotidianidad nos hace ver ahora qué decir lo que se piensa tiene sus consecuencias, pues tal libertad también es un acto que abre la llave del odio y la mentira y frente a eso, sólo un pequeño porcentaje de los más de ocho mil millones de usuarios compartidos en las cinco redes más importantes luchan por contener el muro que nos separa de la estupidez.

Sin embargo, mientras esto ocurre en lo teórico, el desbordamiento nos lleva a una cultura en la que ya había demasiada vacuidad, la intrascendencia ganaba demasiado terreno en el intercambio de contenidos inundando nuestro espacio de una manera impune. Demasiados billetes sobre la mesa de gente insulsa convirtió buena parte de nuestra cotidianidad en un ir y venir de deformidades construidas. Tal vez parezca extraño conjugarlo en pasado, pues este comportamiento aun ocurre y nos lleva a los devoradores de la inteligencia que habitan el fluido virtual convertidos en la primera

gran plaga del Siglo XXI, pero la pandemia aplicó los frenos del tren bala y con ello comenzaremos a ver intersecciones hacia vías alternas que la velocidad en el viaje nos había negado.

Sin duda que estos devoradores en red han abierto el camino a una multiplicidad de información confusa que ha abierto el camino a un mayor número de contagios.

El segundo igualador es el Covid-19 al igual que las grandes pestes de la historia nos nivela en la incertidumbre aun cuando no en el espacio de confinamiento, las atenciones o los derechos.

En el marco de los conflictos de algunos países el poder hegemónico ha igualado a sus ciudadanos en el hambre, la pobreza y la miseria y ha utilizado las mismas respuestas que justificaron la peste de Atenas en 428 antes de Cristo o la peste negra de Europa en 1646, así pasamos de la justicia divina defendida por fanáticos religiosos a la transmisión inducida por el enemigo tan antigua como a la peste de Antonina en el siglo tercero después de Cristo. A lo largo de la historia, el poder mal concebido acusó y ahora acusa a ciudadanos que regresan a sus tierras hasta convertirlos en despatriados colocando sobre ellos la culpabilidad y estigmatizándolos como armas infecciosas enviadas por el enemigo.

En esta realidad de la pandemia los líderes negativos convierten en causa de la pandemia a quienes se han quebrado por el llanto con los dientes apretados y los labios fruncidos tras la mascarilla en el ahora invisible gesto de la tristeza.

La visión interior

La pandemia se nos muestra como una foto de pasaporte. Esa fotografía, como la imagen del espejo, no tiene filtro suavizante de piel, ella es testigo de nuestra evolución y nos presenta los años que pasamos sin entender que no mostraba los títulos, ni los premios. Allí no aparecen los éxitos ni los fracasos, no aparecen las fortunas ni los errores; solo es una imagen ficha que la sociedad nos otorga para igualarnos a todos en derechos civiles pero no en derechos violados.

En el confinamiento, sin pistas de aeropuertos, sin aduanas, esa imagen nos sincera con nuestra fragilidad, nos hace ver que ya no remamos hacia nuestra propia isla, sino hacia nuestra supervivencia. Nos damos cuenta de que nuestro ombligo es solo una huella, pero que en su origen no es distinto al de los demás. El sueño de la igualdad está ante nosotros porque el fantasma del contagio ronda nuestros sueños mirando lo efímero de la existencia. La pandemia nos dice que todos tenemos

la posibilidad de ser el próximo, queramos o no, al igual que cada nuevo año iniciamos el breve inventario de lo que vamos dejando atrás. Es entonces cuando volvemos la mirada a nuestro entorno cercano y nos falta respirar en otro espacio como antes hacíamos. Sin embargo, lentamente aceptamos el confinamiento, pues, como en toda privación del libre movimiento, el ojo agudiza su foco y sus movimientos, así somos capaces de percibir ese otro sentido de lo que somos. Tal vez nos habíamos acostumbrado a ver desde una actitud pasiva solo para ubicarnos en nuestro espacio

El espacio reducido nos ha invitado a un acercamiento, a fijar la atención y la intención en lo que nos rodea.

La mirada posee una determinada intensidad en el encuentro, una búsqueda de las relaciones entre las cosas y nos dirige al descubrimiento que nos autoconstruye. Frente a ese espejo y desde ese descubrimiento, es imposible desprenderse del que nos mira en el reflejo que miramos ese que nos remite desde un presente inmediato a la evocación y, más aún, a la proyección futura. Desprenderse de uno mismo como dice Lacan.

Esta acción de mirar nos acerca a la contemplación y entendemos lo avasallante del silencio, lo profundo de la soledad. Hemos vuelto a escuchar los pasos, las voces y las hojas de los libros. Los vestidos de gala cuelgan convertidos en objetos temporalmente inútiles. Extrañamos el brillo de los metales que habíamos abandonado y calculamos el espacio de un metro de verdor que se nos hace gigante como un campo. Las ventanas se tornan escapes hacia la vida de otros que de algún modo solo ignorábamos en la rutina. No obstante, cuando vemos al otro, la observación se apodera de nosotros. Esa unión perceptiva de ver con la acción intencionada de mirar se agudiza en manos y pañuelos, la seguridad nos lleva a enfocarnos en los guantes de látex y en la tela semipermeable que nos mantengan a salvo.



Fuente: tichy.pl

Estamos solos con nuestras ideas inconclusas, ahora que los retos se agotan en sí mismos, porque el sentido de ser mejor está perdiendo la batalla contra el sentido de solo ser.

Pero nuestra mirada también es la pantalla de nuestras emociones y es vista por el otro como signo facial. Y este intercambio nos obliga a pensar no solo en cómo mirar, sino en cómo mirar tras la máscara que oculta medio rostro.

La máscara

La máscara marca un límite, un hito, separa, divide, excluye, niega, espanta, pretende impunidad y compasión, sin embargo, en otros contextos de singularidad se hace libertaria, justiciera, rebelde.



Fuente: scmp.com

Aun impuesta, remite a una carga simbólica desde la cabeza de medusa como máscara para pactar con la muerte hasta la mascarilla Gucci para negociar estatus, pero también nos remite al bandido del lejano oeste o a la resistencia ante el poder autoritario en calles y universidades para evitar la identificación de quienes levantan su voz ante el sometimiento. La primera dando paso al gesto de la furia la mirada, la segunda, cubriendo de los gases a quienes luchan con las lágrimas no deseadas.

Sin embargo, esta otra máscara que cubre la desnudez de medio rostro es distinta, pues está marcada por la norma de uso masivo, la diferencia está en que aquellas son voluntarias y está otra que nos roba parte del gesto, es obligatoria, es una barrera sanitaria que deviene muro contra la sonrisa y deja en el mercado del diseño la posibilidad de otras identidades impresas para marcar la diferencia social. Cualquiera sea su fin, se ha convertido en un nuevo objeto de la cotidiano llevada a veces con desgarro y su ausencia es signo de incredulidad, de molestia, o de reto a la ley.

Entonces, la mascarilla afecta el soporte principal de identidad que es el santo grial de la comunicación en red. La individualidad es el objetivo, es el fin último de ser alguien en la cultura occidental. Entonces, debemos ver la comunicación tras la mascarilla.

Nos lleva a estar ocultos en la multitud de los ocultos, mientras a unos les permite ser parte de quienes arremeten contra toda institucionalidad rompiendo toda norma hasta revivir al bandido del *westmovie*, desde hospitales, sanatorios y ONGs, otros entienden la máscara como la última frontera a vencer. Luego, desde esta última visión ante los contagiados, la nueva identidad se torna circunstancial, histórica, solidaria, hermosa.

La máscara represora es distinta, es uniforme. La identidad se diluye en las insignias, los chalecos. El matador es anónimo, el victimario es nadie tras las siglas policiales. Aun cuando la uniformidad crea una identidad colectiva salpicada de adjetivos que se expande hacia otras fuerzas que mantienen una complicidad por omisión.

En este sentido, todos somos un tanto inanimados, nos impone una nueva diferenciación de trato, nos exhibe nuevos modelos, nuevas marcas de consumo, para un mismo fin. El mercado no descansa, la moda encuentra una pequeña ola siempre surfeada por la estupidez.

Lo gestual

Momentáneamente hemos perdido el beso como puente para la caricia social. ¿Qué será del deseo expresado a golpes de mirada en las calles? El distanciamiento ha golpeado con fuerza a los amantes que ahora dudan de sus propios besos, ahora se toman con la vista en una entrega silenciosa. A metro y medio solo queda el perfume, el guiño, la ceja levantada y los labios ausentes.



Fuente: rudaw.net

La mirada en estrecha relación con los labios en los signos faciales conforman la llave maestra del paralenguaje, el de la síntesis del asombro o la complicidad se carga ahora de responsabilidad, es difícil complementar los labios ocultos como prisioneros tras un multiforme aditamento de tela. La kinésica asume el mando en esta contingencia, buscando otro soporte ante el secuestro de la sonrisa. Los gestos faciales están en emergencia ante la pérdida de buena parte de su espacio expresivo.

Es difícil la sensualidad sin rostro, la mirada se mueve entre el miedo y el lenguaje buscando la simpraxis como alternativa. El asunto se cuele discretamente en los cambios del lenguaje, los soportes gestuales cambian de lugar desde los labios a las cejas aun cuando de manera discreta lentamente entendemos que gracias al uso de la mascarilla la comunicación de la mirada desde muchos puntos de vista va ganando un territorio que había perdido lentamente ante el texto y el discurso.

Nos han quitado media identidad. Nos tocamos los rostros y dejamos el aliento que empaña las ventanillas de los hospitales donde los respiradores aguantan un poco más la vida.

Sin embargo, ante este sórdido horizonte, podemos decir que la reflexión es lo que abona el pensamiento, pues ahora el desarrollo del ser debe ser un paso previo al poder, esa es la dirección. Lo contrario es una dirección equivocada.

De estas cenizas debe florecer el también el hombre consciente de su fragilidad. Todo esto ha dejado al descubierto a los farsantes que se enriquecen de las necesidades de quienes no consiguen sentido. La pandemia ha puesto en evidencia a quienes reviven a “Lázaros” de utilería en un acto de magia barata. El confinamiento ha visibilizado a quienes vestidos de democracias muestran sus costuras de autócratas o extremistas y a quienes, desde su búsqueda de notoriedad, aspiran el éxito en la vida sobre una línea blanca cortada con tarjetas de sangre.

Debemos decir que lo maravilloso es que algunos regresan del abismo y esparcen su alegría para marcar la diferencia de la razón humana hacia la supervivencia. Tal vez la conexión en red también nos hizo solidarios.

Debemos señalar que no somos dinosaurios con el cometa en sus pupilas; somos la única especie con alfabeto, la única con dioses, la única capaz de imaginar el tiempo más allá del presente, la única que supera el instinto básico de la supervivencia, la única capaz de entender el error y, por eso,

WILSON PRADA

también es la única especie que entiende la solución a través de los principios éticos. Sabemos que esta capacidad no nos inmuniza, pero nos da esperanzas de reencuentro. Una vez más, al igual que ante las siete grandes pestes anteriores, seremos capaces de rehacer nuestro espacio.

La consecuencia de saber que el deseo de iniciar la búsqueda de una nueva educación nos mantiene a salvo y toma las riendas de un nuevo individuo. El intercambio desinteresado, el diálogo, la revisión, las manos que construyen vuelven sobre el hilo y la tela que salva nuevas vidas.



Fuente: REUTERS Guglielmo Mangiapane

Como vemos, más allá de las pestes, la igualdad nunca toca nuestra realidad, nuestra naturaleza racional es la de siempre ser distintos y, esa diversidad, basta para vivir plenos y entender la plenitud del otro solo que para tal plenitud, necesitamos la ética.

Tal vez, después de todo, miraremos más. Tal vez los inventarios, las estadísticas comiencen a ser suplantados por las acciones. Ahora tiene más sentido suplantar la rutina, soportar, para servir a quienes se quiebran. Ahora tiene más sentido empezar de nuevo y dejar en orden las gavetas del alma.

Referencias

-García, N. (2008). La gran mascarada: ocultaciones, artificios y otras perversiones visuales en la fotografía <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=2929086>

-Hurtado M. (1954). Sociología de la máscara. Monteagudo: Revista de literatura española, hispanoamericana y teoría de la literatura, N° 5, 1954, págs. 4-20 <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=4187148>

-Lacan, J. (1964) El seminario de Jacques Lacan; libro 11: Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis. Buenos Aires, Paidós.

- Rodríguez-Escalona, M. (2004) La gestualidad facial según los textos latinos, gestos realizados con la boca. En: La Filología Latina. Mil años más (pp.330-357). Sociedad de Estudios Latinos - Fundación Instituto Castellano y Leonés Editors: P. P. Conde Parrado, Isabel Velázquez

<https://www.researchgate.net/publication/316033494> La gestualidad facial segun los textos latinos gestos realizados con la boca

-Valiente Y. (2016). La comunicación no verbal y su relación con la interpretación.

<https://www.utntyh.com/wp-content/uploads/2016/08/Yadilka-Valiente-CNV.pdf>